

Cruces y lluvia en la península de Yucatán



MARÍA DEL CARMEN VALVERDE VALDÉS

Entre los grupos mesoamericanos, la lluvia es y ha sido siempre fundamental. Cuando hablamos de grupos indígenas cuya base de subsistencia es la agricultura, las lluvias se convierten en un fenómeno indispensable para la sobrevivencia. Por tal situación, los dioses prehispánicos relacionados con la lluvia y el poder fecundante de ésta fueron considerados de vital importancia. Esto se corrobora al estudiar el área maya, concretamente la península de Yucatán; aquí encontramos que las deidades relacionadas con la lluvia son las que más ampliamente se difundieron a lo largo y ancho de todo el territorio y a través de todas las épocas, convirtiéndose en uno de los motivos predominantes de la iconografía y la plástica en la península. De igual forma, tanto en los tres códices prehispánicos como en las fuentes escritas durante la Colonia, donde hay referencias a la cosmología y a la historia del pueblo maya, se menciona constantemente a la lluvia.

En los *Libros de Chilam Balam* algunos de los personajes a los que se alude con mayor frecuencia son los “cuatro bacabes vertedores”; sabemos que éstos son deidades que se encontraban en las cuatro esquinas del cielo, formando una cruz, y que “volteando sus cántaros” vertían el agua sobre la tierra. Tomemos como ejemplo este pasaje de una de las ruedas proféticas de los katunes en donde al parecer se hace referencia a una sequía:

...hambre es su carga [la carga del *katun*]: Entrará el pecado en el mundo al sonar las sonajas agitadas por los cuatro Bacabes Vertedores, cuando rasguen las espaldas de las ceibas de la tierra, cuando hagan salir por completo la lengua al que le corten el resuello.¹

Así tenemos que el fenómeno es la lluvia, y la cruz, uno de sus símbolos. Ésta se halla relacionada en el ámbito meso-

americano con los fenómenos meteorológicos del cielo, en concreto con los cambios atmosféricos que producen lluvia. La cruz está vinculada con las deidades del aire y la tormenta, quienes siempre la portan como emblema, insignia o adorno. Tales deidades son los señores de los vientos que soplan desde las cuatro direcciones del cosmos. Brinton escribe: “Los brazos de la cruz tenían por objeto apuntar hacia los puntos cardinales para representar a los cuatro vientos portadores de la lluvia.”² Para los mayas, la cruz también está íntimamente relacionada con el viento. En el *Chilam Balam de Chumayel* se mencionan los cuatro *ángeles*, los *Espíritus*, los *Cángeles Ik* que vendrían a ser los ángeles de los vientos. Esta tradición continúa hasta nuestros días. Veamos, por ejemplo, los siguientes fragmentos de una oración maya actual, que es un “Ofrecimiento de las primicias a los dioses del viento por intercesión del Señor y de la Santísima Virgen”:

...al viento de los cuatro cerros
X-Ah Can Mul Ik al viento de la cruz
X-Cruz-Ik.

.....

En donde están los espíritus malos,
los vientos malos,
los vientos de la Cruz
X-Cruz-Ik.³

Estos vientos vendrían a ser “los cuatro vientos en acción” cruzados, como los prehistóricos palillos que al frotarse hacían brotar una chispa de fuego y las nubes de entre las que salía el rayo. Por esto, la cruz como símbolo servía a los ritos

² Adán Quiroga, *La cruz en América* (Estudios antropológicos, 1), Castañeda, Buenos Aires, 1977, p. 95.

³ Ramón Arzápalo, “Contribución para el estudio de la religión maya a través de los textos religiosos modernos”, en *Indiana*, Gebr. Mann Verlag Berlin, Berlín, 1981, pp. 142 y 149.

¹ *Libro de los libros del Chilam Balam* (Colección Popular, 42), 8ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1983, p. 59.

mágico-religiosos para impetrar la lluvia. De manera que donde hay dioses de la atmósfera, de la tormenta, del rayo o del huracán, seguramente existirá el símbolo complementario de la cruz, emblema de la alta veneración.

De tal manera que estas dos líneas que se cortan perpendicularmente formando la cruz, representan a los cuatro vientos que traían las nubes, de las que caía lluvia que fecundaba y daba vida a todas las cosas sobre la tierra.

Los testimonios acerca de cruces en el área maya son numerosos. Bernal Díaz del Castillo fue el primero en mencionarlas pero también aluden a ellas Las Casas, Gómara, Torquemada, Cogolludo y posteriormente Ximénez, Cervantes de Salazar y Román y Zamora.

Así, apenas los españoles —salidos de Cuba en el siglo XVI— pusieron pie en tierras próximas al continente, encontraron cruces como símbolos religiosos de los vientos y las lluvias. Dice Las Casas:

En el reino de Yucatán, cuando los nuestros lo descubrieron, hallaron cruces, y una de cal y canto, de altura de diez palmos, en medio de un patio o cercado muy lucido y almenado, junto a un muy solemne templo, y muy visitado de mucha gente devota, en la isla de Cozumel, que está junto a la tierra firme de Yucatán.

A esta cruz se dice que tenían y adoraban por dios del agua-lluvia, y cuando había falta de agua le sacrificaban codornices.⁴

Respecto a esta misma cruz, Francisco López de Gómara continúa diciendo:

...ofrecíanle codornices sacrificadas por aplacar la ira y enojo que con ellos tenía o mostraba tener, con la sangre de aquella simple avecica. Quemaban también cierta resina a manera de incienso, rociábanla con agua. Tras esto tenían por cierto que lluvia [sic].⁵

La descripción anterior se refiere a una ceremonia de magia imitativa en la que se quemaba incienso o copal y se pretendía que al elevarse éste en humo se formaran las nubes y se crearan las gotas de lluvia. Es así que el culto es sobre todo al elemento agua como el efecto fecundo de la acción combinada del viento y la tormenta.

Esta cruz, objeto central en el gran templo de Cozumel, que los misioneros no supieron si admirar o atribuir a Satanás, era de las más veneradas en el área maya en el momento del contacto con los europeos. En tiempo de sequía había peregrinaciones a la isla, y el símbolo era llevado por los naturales en procesión a la orilla de los lagos y ríos. De hecho,

de acuerdo con el gobernador español que escribe cuarenta años después de la conquista, Cozumel permanecía todavía como un centro de peregrinación muy importante para los grupos mayances, tanto “como Jerusalem para los cristianos”⁶ —como él mismo lo menciona.

Por otro lado, se sabe por las fuentes que esta cruz de Cozumel también tuvo un sentido oracular. Tozzer dice que es probable que la cruz de Chan Santa Cruz, que en siglo XIX, durante la Guerra de Castas, hablaba y alentaba a los indios a la rebelión, sea un rescate de esta antigua tradición



oracular de Cozumel. Todo esto nos hace ver la fuerza que tenía, y lo arraigado que estaba el culto a la cruz como símbolo religioso en el área maya antes de la conquista española, culto que se refuerza con la imposición de las cruces cristianas. En este sentido Gómara termina por admitir: “estos pueblos acataron mucho de allí en adelante la cruz, como quien estaba hecho a tal señal”.⁷

Pero ante las cruces españolas, los indígenas continuaron con sus ritos prehispánicos: “Hincan [los españoles en los pueblos de indios] también una cruz, y si llueve mucho, o hay falta de agua o pestilencia o otro [sic] mal, luego dicen los yndios que aquel palo lo hace, y ruegan y ofrendan a la cruz a modo antiguo.”⁸

⁶ Arthur G. Miller y Nancy Farris, “Religious Sincretism in Colonial Yucatan: the Archeological and Ethnohistorical Evidence from Tancah, Quintana Roo”, en *Maya Archeology and Ethnohistory*, University of Texas Press, Austin, 1979, p. 237-238.

⁷ López de Gómara, *op. cit.*, p. 305.

⁸ Francisco Ximénez, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de predicadores*, Biblioteca “Goathemela” de la Sociedad de Geografía e Historia, Guatemala, vol. 1, 1929, p. 301.

⁴ Bartolomé de las Casas, *Apologética Historia Sumaria* (Serie historiadores y cronistas de Indias, 1), Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, vol. 1, 1967, p. 648.

⁵ Francisco López de Gómara, *Conquista de México*, Madrid, 1977, p. 105.

Asimismo, narra un testigo de Homún:

Ellos hacían un cierto tipo de sacrificio en la iglesia a la manera de sus antiguas costumbres y a los pies de las cruces, que están alrededor de la iglesia, encendían luces y candelas y ofrecían comida y bebidas y en caso, la opinión expresada de la gente era que se ofrecían a Dios y a sus cruces porque no llovía. —El testigo dijo que entendía que— lo hacían en memoria de sus demonios e ídolos porque así lo hacían en sus antiguas ceremonias.⁹

Este otro testimonio lo reporta Scholes:

Este testigo vio que los caciques y señores del pueblo hicieron un sacrificio a la cruz que está en el patio de la iglesia, y allí trajeron todos los ídolos, y estando allí los ídolos hicieron sacrificio de un perro y otros animales al tiempo antiguo. Y este sacrificio hicieron por falta de agua y la pidieron en este sacrificio para que se criasen las milpas.¹⁰

Los sacrificios son una constante en la veneración a la cruz relacionada con la lluvia y la tormenta. Esto se da no sólo en el mundo mesoamericano, sino también universalmente. Eliade asienta que “hacia este dios de la tormenta [de carácter celeste], gran macho orgiástico, rico en epifanías dramáticas, se dirige un culto opulento y sangriento (sacrificios, orgías, etcétera)”.¹¹

Es así que, unos cuantos años después de la conquista de Yucatán, se registran en la región una serie de sacrificios humanos al pie de cruces, que habían sido colocadas por los españoles. Al respecto, Scholes recoge testimonios que datan de la segunda mitad del siglo XVI:

...dijo lo que este testigo sabe y ha visto, es que pudo haber tres años, poco más o menos [el testimonio data de 1562] que vio este testigo cómo se hizo un sacrificio en la iglesia del dicho pueblo de Mopila en el cementerio de ella, al pie de una cruz que está allí frontero de la iglesia, en el cual mataron dos muchachos [...] abrieron los muchachos y vivos sacaron los corazones y que ellos propios [los ejecutantes del sacrificio] los ofrecieron a los ídolos y demonios que allí tienen al pie de la cruz [...] y que echaron los muchachos en un cenote de Yaxcaba.¹²

Tenemos aquí la cruz relacionada con el sacrificio, ya que ante ella se hace el rito, y luego con el agua, en tanto que

las personas sacrificadas son lanzadas al cenote. Pero estos sacrificios van todavía más allá. Probablemente, como resultado de las enseñanzas cristianas, en los rituales de fertilidad se cambió la tradición prehispánica de amarrar a las víctimas a un poste, escalera, etcétera, por atarlas a una cruz de madera. A veces el cuerpo era separado de la cruz antes de la extracción del corazón; otras veces, la cruz con todo y cuerpo, era lanzada al cenote local, y en algunos casos se le amarraban piedras para que se hundiera. Tozzer señala que se tienen registradas 168 personas sacrificadas entre 1536 y 1588, en el área de la península de Yucatán, de las cuales 29 fueron crucificadas: 16 hombres y 13 mujeres. Además, alrededor de sesenta de estos sacrificios se hicieron delante de cruces.

La influencia cristiana en estos sacrificios es patente. De hecho, es probable que se haya asociado el sacrificio humano con la crucifixión de Cristo, pero también es evidente el trasfondo del culto prehispánico hacia la cruz. De hecho, muchos de estos sacrificios se hacen para pedir agua. Al respecto, Roys apunta que la crucifixión estaba asociada con el ritual de los dioses de la lluvia y el culto al cenote. Veamos otro de los testimonios que recopila Scholes:

Y este testigo vio cómo dentro, en la iglesia del dicho pueblo de Usil, llevaron un ídolo que se decía Kakalku [¿Kukulcán?] y sacrificaron e hicieron un sacrificio en el cual crucificaron dos muchachos en dos cruces, que para ello mandaron hacer del tamaño de los muchachos, los cuales crucificó y puso en la cruz este testigo como *ab-kin* y maestro del sacrificio [...] y este testigo y Melchor Be tomaron los corazones y los alzaron en alto e hicieron hincar de rodillas a los que allí estaban, alzando el ídolo en alto y le decían: “Señor Dios Todopoderoso, proveenos de lo que tenemos necesidad y danos agua y lo necesario para nuestro sustento” [...] “y que los cuerpos de los muchachos como estaban atados en cruces, los echaron al cenote de Tabi.”¹³

En este caso, antes del sacrificio el *ab-kin* predica ante la gente que estaba allí reunida, diciéndole que la ofrenda la hacían a sus dioses para que les dieran de comer, les proveyeran de lo necesario y les dieran agua a las milpas. Concluyó la alocución diciendo: “Hemos de tomar lo que nos dicen los padres, mas por eso no hemos de dejar de hacer nuestras idolatrías.”¹⁴

Pero estos sacrificios no sólo se realizan para pedir lluvias; también se llevan a cabo cuando algún otro fenómeno meteorológico se hace presente. Alrededor del año 1561, un gran huracán azotó la península de Yucatán, y a partir de entonces, se intensificaron los sacrificios humanos por crucifixión:

Y que después acá, puede haber un año, que fue cuando el gran huracán, hicieron otro sacrificio en el propio lugar de la

⁹ Alfred M. Tozzer, *Landa's Relación de las cosas de Yucatán* (Papers of the Peabody Museum of American Archeology and Ethnology, Harvard University, XVIII), 2a ed., Kraus Reprint Corporation, Nueva York, 1966, p. 162.

¹⁰ France V. Scholes y Eleanor B. Adams, *Don Diego Quijada. Alcalde mayor de Yucatán. 1561-1565* (Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas, 14 y 15), Antigua librería Robredo de José Porrúa e hijos, México, vol. 1, 1938, p. 108.

¹¹ Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, 4a ed., Biblioteca Era, México, 1981, p. 97.

¹² Scholes, *op. cit.*, p. 98.

¹³ *Ibid.*, pp. 114-115.

¹⁴ *Ibid.*, p. 121.

cruz, que está a la salida del pueblo, en que mataron una muchacha, que se decía Ix Dzul, la cual era de Sahcaba, que la hurtaron en el dicho pueblo para crucificarla, en sacrificio de los ídolos, para que aplacasen el tiempo... y en sacándole el corazón la echaron en el dicho cenote de Sahcaba.¹⁵

Es cierto que en toda Mesoamérica se adoraba la cruz; sin embargo, creo que en ningún lugar con tanta insistencia como en el área maya. Pienso que esto es hasta cierto punto lógico, si tomamos en cuenta la situación geográfica. Si la cruz es el símbolo del viento, la lluvia, la tormenta y el huracán, hay que considerar que probablemente el lugar más afectado en Mesoamérica —hasta la fecha— por estos fenómenos meteorológicos, es la península de Yucatán, precisamente donde se llevaron a cabo tales sacrificios, y donde se encontró la cruz más importante de todas: la de Cozumel. Es por aquí por donde entran al continente los huracanes más importantes y devastadores.

Si a todo este culto prehispánico de la cruz añadimos la insistencia europea por la veneración del símbolo, tenemos entonces que esta “idolatría”, lejos de ser extirpada de la mentalidad indígena, se refuerza. Villagutierre dice que los frailes españoles colocaban cruces en las orillas de los ríos, pozos, lagunas y caminos; esta costumbre continúa en México hasta la fecha. De hecho, en el siglo pasado, Chan Santa Cruz, centro de rebelión indígena durante la Guerra de Castas, y al que ya me referí, se funda precisamente donde Barrera —el indio que inicia el culto a las cruces parlantes— encuentra un cenote en la entrada de un subterráneo. Aquí, estampa en la corteza de los árboles trece cruces pequeñas. “Una vez descubierto el manantial, la gente empezó a concurrir de todas partes a proveerse de agua, y siguiendo las costumbres adquiridas desde los primeros tiempos de la conquista, empiezan a rendir adoración a las cruces.”¹⁶

La cruz parlante, además de incitar a los indios a pelear, podía mostrar su disgusto causando desastres como sequías en toda la comunidad.

Muchas cruces cristianas, por asociación, van a sustituir a las antiguas deidades relacionadas con el agua y la lluvia. Nos dice Quiroga que en el valle de Santa María Yocavil, los naturales colocaban en tiempos prehispánicos piedras protectoras que llamaban a la lluvia. En el momento de la conquista española, estas piedras son sustituidas por cruces cristianas, que a la fecha permanecen en la región, pero se les sigue invocando con el mismo fin prehispánico: siguen siendo utilizadas como amuleto propiciatorio de lluvias.¹⁷

En la península de Yucatán se realiza hasta la fecha la ceremonia del *Chac-chac*. Ésta se hace con objeto de pedir a los chaques el favor de la lluvia. Villa Rojas la describe así:

Se construye un altar rústico de troncos, de forma cuadrangular, que representa el plano terrestre. En sus cuatro esquinas se distribuyen cuatro individuos que personifican a los “grandes chaques”, y además para completar el número cinco se sitúa otro hacia el oriente, como a diez metros del altar. A este se le llama Kumkuchac (trueno-chac). Se dice que habita en el *chun-coan* o “tronco del cielo”, y que es el de más alta categoría.¹⁸

En la ceremonia está presente de distintas maneras el símbolo cruciforme, que remite a: el plano terrestre en forma cuadrangular; las cuatro esquinas del mundo, con su deidad correspondiente, y el fenómeno meteorológico del trueno.

...todos estos personajes llevan como emblema de su investidura un machete de madera con el que simbolizan producir el relámpago, así como un calabazo en el que llevan el agua con la que riegan el altar... Posteriormente, invocan a los santos cristianos y a la cruz pidiendo la lluvia.¹⁹

Por último, cabe mencionar que dentro de las fiestas religiosas católicas que corresponderían en el calendario prehispánico a los rituales relacionados con la agricultura, y por consiguiente, con la lluvia, se encuentra la del 3 de mayo, el día de la Santa Cruz. Sepúlveda menciona que las ceremonias más importantes se realizan actualmente durante los meses de abril y mayo; mismos que corresponden a las veintenas dedicadas a pedir agua en tiempos prehispánicos.²⁰ Es así que el 3 de mayo es para la mayoría de los grupos mayances una de las fechas más significativas del calendario.

Para concluir podemos decir que la cruz se relaciona en todo el ámbito maya con los fenómenos meteorológicos y el agua, pero ésta en la medida en que sea lluvia, la energía fecundante del cielo; agua que se convierte así en el símbolo de la vida y de la fertilidad de la tierra, ya que es la matriz de todas las posibilidades de existencia. Eliade menciona que este líquido es el cimiento del mundo entero, es la esencia de la vegetación; “las aguas simbolizan la sustancia primordial de la que nacen todas las formas y a la que vuelven, por regresión o por cataclismo [...] ‘preceden’ a toda forma y ‘sostienen’ a toda la creación”.²¹ ♦

¹⁸ Alfonso Villa Rojas, “Los conceptos de espacio y tiempo entre los grupos mayances contemporáneos”, en León-Portilla, Miguel, *Tiempo y realidad en el pensamiento maya. Ensayo de acercamiento* (Serie de culturas mesoamericanas, 2), Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1968, p. 132.

¹⁹ *Idem*.

²⁰ Cfr. María Teresa Sepúlveda, “Ritos y ceremonias paganas en el ciclo agrícola: la petición de lluvias”, en *Religión en Mesoamérica. XII Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1972, p. 540.

²¹ Eliade, *op. cit.*, p. 178.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 98 y 99.

¹⁶ Serapio Baqueiro, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán*, Imprenta de Manuel Heredia Arguelles, Mérida, 2 vols., 1879, p. 387.

¹⁷ Cfr. Quiroga, *op. cit.*, p. 143.